

allá nos fuimos los cinco a disfrutar de la oportunidad (los otros dos libros premiados habían sido traducidos a cuatro manos).

La entrega se realizó en el Palacio de la Inquisición, así que tenía cierto morbo añadido. La Santa Inquisición, que se encargó de enderezar a los españoles durante varios siglos con eficaces métodos, no se fiaba un pelo de los que emigraban a América, entre los que se encontraban numerosos conversos, descendientes de judíos y de moriscos, y algún que otro hereje de por libre. Así que plantó sus sedes y ejerció su control en las principales ciudades del Nuevo Mundo y una de ellas fue Cartagena. Allí levantó un palacio en el centro de la ciudad e instaló el Tribunal de Penas del Santo Oficio en 1610. Basta ver el imponente edificio para darse cuenta de que los inquisidores controlaban a fondo la vida de esta ciudad, pero si además comprobamos el tamaño del antiguo convento de los dominicos, que eran quienes la regentaban (hoy Centro cultural español), podemos estar seguros de lo difícil que se lo ponían a los cartageneros. Y que a los piadosos frailes no les gustaba nada renunciar a su poder lo indica el hecho de que, en las luchas por la independencia, tras la primera expulsión de los españoles, entre los que reconquistaron para la metrópoli la ciudad había, precisamente, un grupo de inquisidores.

Su Palacio, al que le han picado la cruz verde que coronaba el escudo de la portada, es hoy museo y archivo histórico, y tiene unas salas en las que han reconstruido un potro, cepos, garfios y otros instrumentos de tortura con que los píos religiosos obtenían las confesiones de los reos. Bien es verdad que han instalado también una horca y una guillotina, refinamientos impropios del Santo Oficio, que prefería entregar los condenados al «brazo secular» para que los chamuscaran vivos, pero también es cierto que unos cartelitos se encargan de explicar que esos eran métodos aplicados por otras «administraciones de justicia» y que nunca los usó la Inquisición.

En tan historiado edificio nos entregaron los premios, y yo aproveché la ocasión para exponer ante los asistentes una de las tesis de Nerlich en el libro que traduje: la dificultad para expresar la verdad en circunstancias históricas como las que le tocó vivir a Cervantes, y su necesidad de encriptar o codificar sus verdaderas ideas para burlar los controles, sobre todo de la Inquisi-

ción, que se instaló en aquellas tierras justamente cuando el alcaide estaba escribiendo su *Persiles*. ¿Qué mejor sitio que aquel para contarlo?

Aparte de esta entrega solemne, seguida del correspondiente tentempié, los premiados dilapidamos la semana como auténticos turistas: playas, baños, excursiones, compras, cenas... un inesperado paréntesis en nuestras tareas cotidianas, conseguido precisamente por una de ellas, la traducción. Bien ganado nos lo teníamos.

Pero no pienso aburrir a nadie enumerando nuestras previsibles actividades. Quiero, en cambio, volver a un par de nombres citados: Lombana y López.

Primero Lombana. Es autor este imaginero de uno de los dos monumentos más ilustres de la ciudad: el monumento a los zapatos viejos (el otro es el de la india Catalina, de la que también me gustaría contar algo). Se trata de dos botas bien pateadas y sudadas, reproducidas en bronce a una escala de diez o veinte veces su tamaño real, instaladas en una rotonda en la que todas las «chivas» (autobuses con un costado abierto y bancos corridos, pintados como tiovivos de feria, que pasean a los turistas por la ciudad en «city-tours» diurnos y nocturnos, estos con mucha rumba/juerga, música, alegría y algo que tomar/beber) se detienen para que los visitantes se saquen fotos y los niños se metan dentro de las viejas botas. El realismo del escultor en este caso acierta plenamente, pues el motivo de su escultura es un soneto del mejor poeta local, el ya citado Luis Carlos López, deficientemente reproducido en una placa de mármol junto al monumento, y en el que apenas se fijan los que trastean con las bronceadas botas.

Poco se sabe en España de este poeta, conocido como «el tuerto López» (no porque le faltara un ojo, sino por su bizquera; «tuerto» es un participio diptongado del verbo «torcer»), que se cartegó con Unamuno y publicó algún libro en nuestro país a principios del siglo XX. López cantó como nadie a Cartagena, la ciudad de la que apenas salió, y en varias fachadas se encuentra uno con lápidas de cerámica que reproducen sus sonetos, dedicados a su casa natal, o a tal o cual calle, pues López fue poeta urbano y encontró en su ciudad, entonces decadente y abandonada, motivos para su lírica, una lírica escéptica e incisiva, heredera de las

Gotas amargas de José Asunción Silva. Valga como ejemplo este terceto:

«el divino progreso, ese progreso
que le trajo a los indios cimarrones,
con la espada y la cruz, el gonococo.»

Y he aquí el soneto que dio pie al monumento:

Los zapatos viejos

Noble rincón de mis abuelos: nada
como evocar, cruzando callejuelas,
los tiempos de la cruz y de la espada,
del ahumado candil y las pajuelas...

Pues ya pasó, ciudad amurallada,
tu edad de folletín... Las carabelas
se fueron para siempre de tu rada...
¡Ya no viene el aceite en botijuelas!

Fuiste heroica en los tiempos coloniales,
cuando tus hijos, águilas caudales,
no eran una caterva de vencejos.

Mas hoy, plena de rancio desaliño,
bien puedes inspirar ese cariño
que uno le tiene a sus zapatos viejos...

Donde el poeta escribe «vencejos» está sugiriendo sin duda que leamos «pendejos». El tuerto López murió en 1950 y se le considera uno de los precursores de la «antipoesía» de Nicanor Parra. Todo cartagenero que se precie se sabe de memoria versos suyos y puede que el monumento a los zapatos viejos, que el escultor ha convertido en botas, sea único en el mundo, ya que no ha sido erigido a un poeta, como hay tantos, sino al tema de un soneto de un poeta, lo que no deja de tener su aquél.

En cuanto a la india Catalina, una hermosa indígena con los brazos alzados como una saltadora tomando impulso en el tram-

polín y los pechos al aire, es el otro símbolo de la ciudad y en su origen es también obra de Lambana, que parece tener la exclusiva de los monumentos cartageneros. Él la esculpió en pequeño tamaño para entregarla a los ganadores del Festival de Cine de la ciudad, pero su éxito como representante de las razas nativas les llevó a fundirla en gran tamaño y a instalarla en una céntrica intersección de calles. Posó para el escultor una joven de 15 años.

14 tenía la india Catalina de verdad, la hija preferida de un cacique, cuando fue raptada por los españoles y educada en Santo Domingo en el catolicismo y en castellano para utilizarla como «lengua», es decir como intérprete. Vuelta a su tierra de origen, trabajó como tal para el conquistador Pedro de Heredia y se acabó casando con un sobrino suyo, que volvió con ella a Sevilla, donde se le pierde la pista. Se la ha querido hacer pasar por «pacificadora», pero lo cierto es que los indios calamari, los primitivos habitantes de la zona, fueron exterminados en aquella época hasta su total desaparición.

Una vez aniquilados los nativos, al igual que en Cuba, nuestros antecesores los sustituyeron por esclavos africanos, de los que Cartagena era una de las principales plazas de ventas y subastas. Allí desembarcaban los barcos negreros y por aquella costa quedaban trabajando buena parte de ellos, en las haciendas de los españoles. De hecho, la población costeña es mayoritariamente de raza negra y orígenes africanos, muy al contrario de la que puebla el interior del país y sus principales ciudades.

Pese al férreo control de sus amos, los esclavos a veces conseguían escapar; eran los llamados negros «cimarrones» que huían a la selva o a las sierras para intentar vivir en libertad. Cerca de Cartagena está la población de Palenque de San Basilio, construida y habitada justamente por los negros huidos de los palenques de la Colonia desde el siglo XV hasta el XIX, que llegaron a crear un sistema de comunicación propio, la lengua palenquera, una reliquia aún viva que es la única lengua criolla formada sobre la base léxica del español. Hay quienes denominan a Palenque de San Basilio «el primer pueblo libre de América», y no sólo lo fue, sino que ha sabido conservar sus costumbres, su folklore y su idioma hasta nuestros días. En las playas de Cartagena, muchas de las negras que ofrecen frutas, mariscos, bebidas o masajes a los turis-

tas, dicen ser de Palenque. Y como se te ocurra darles tu nombre el primer día, te llamarán a gritos en los sucesivos cada vez que pises la arena para ofrecerte sus servicios (estrictamente comerciales, que nadie piense mal).

Terminaré hablando de un pájaro, un pájaro abundante en la ciudad, al que se le ve picoteando entre la hierba de los jardines, bebiendo en las fuentes o posándose en fachadas y muros, un pájaro a veces gris, a veces negro, de un tamaño algo mayor que los mirlos, que no escapa de los humanos y convive con los costños colombianos con familiaridad, sin asustarse fácilmente. Se llama María Mulata y también a él se le ha levantado un monumento en la ciudad, un gran pájaro de hierro en el arranque del istmo de Bocagrande, frente a la base naval, con una inscripción que dice «María Mulata Cartagenera». y el nombre del escultor (esta vez es otro: Enrique Grau). Un pájaro de dos o tres metros de alto no está mal para un monumento. Siempre será menos peligroso que un general a caballo.

Podría seguir hablando de Cartagena, pero aquí lo voy a dejar. Quienes quieran saber algo más de la vieja ciudad colombiana, Patrimonio de la Humanidad, van a tener que tomar un avión y dedicarle una semana. Siete días son suficientes. Y no se van a arrepentir. No lo hicimos los premiados: Concha y Camilo, traductores del *Tratado de medicina* de Averroes, o Esperanza y Carlos, los del *Código penal francés*, ni el que esto escribe.

Cuando nos fuimos, en las librerías de Cartagena quedaban buena parte de los depósitos de libros realizados por tres o cuatro editores españoles aprovechando las celebraciones lingüístico-literarias, y pocos, muy pocos ejemplares de la edición definitiva de *Cien años de soledad* lanzada coincidiendo con el 80 cumpleaños de su autor, festejado a ritmo de vallenato por sus compatriotas.

Seguro que a estas alturas ya no queda ninguno. Que los disfruten sus lectores ☺